



La historia política a través de
sus actores, historias
con sentido



Adolfo León Atehortúa Cruz
Profesor Universidad Pedagógica Nacional

Presentación

A riesgo de caer en la anécdota, pero con la convicción de que el camino recorrido es útil para quienes empiezan, el presente escrito intentará mostrar los aportes y las enseñanzas que dos investigaciones ofrecen con respecto a las teorías, miradas y métodos con que puede abordarse el análisis de la violencia en un contexto regional y próximo²⁶. El propósito de su publicación en este texto no es otro que participar en la discusión que el Grupo de Investigación de la Universidad Pedagógica Nacional, Sujetos y nuevas narrativas”, pretende promover en torno al tema. Su conclusión más importante constituye una propuesta en desafío: además de ubicar a los actores en la historia, indagar sobre la producción de situaciones históricas por actores.

Historia política e historia oral

En busca de pequeños espacios en los que pudiera constatar el cruce de las diversas manifestaciones de violencia padecidas por Colombia a lo largo de su historia, nos aproximamos en 1988 al municipio de Trujillo, ubicado en la cordillera Occidental, en su tránsito por el departamento del Valle.

En pleno auge del estudio, publicado con el título *Colombia: violencia y democracia*²⁷, las investigaciones acerca del fenómeno protagonizaban diversas discusiones. Ya no se hablaba de la Violencia, con mayúscula y en singular, sino de las violencias, con minúscula y en plural. Violencias resultantes de una compleja red de interacciones y causas múltiples; violencias consideradas en el juego de diversos factores de operación, entrelazada y simultánea sobre todos los ámbitos de la vida social: variedad de expresiones que “no excluyen, pero sí sobrepasan, la dimensión política”.

²⁶ Se trata de *El poder y la sangre. Las historias de Trujillo, Valle y sueños de inclusión. Las violencias en Cali, años 80*, Bogotá, Universidad Javeriana Cali - Cinep, 1995 y 1998, respectivamente.

²⁷ Véase Comisión de Estudios sobre la Violencia: *Colombia: violencia y democracia*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1987.

La idea central de nuestra investigación, en ese orden, giraba en torno a la necesidad de trabajar sobre “laboratorios geográficos y sociales” que permitieran un estudio histórico y en vivo de esas múltiples violencias y sus interacciones. Al fin y al cabo, Trujillo las tenía todas: las viejas y las nuevas, las comunes y las políticas, las del gamonal y las de la guerrilla, la de los narcos y la de los paras.

Trujillo era un municipio sin archivo. Las actas del Concejo Municipal, por ejemplo, se utilizaron para envolver carne en los años cincuenta. No por ignorancia o negligencia: fue un proceso deliberado para borrar las huellas de la intervención de liberales en la fundación del municipio. Después de ello, tampoco se necesitó de archivo: los procesos de decisión en la vida del pueblo fueron siempre verbales y sujetos a la voluntad del gamonal del pueblo, *Don* Leonardo Espinoza. Por consiguiente, la memoria tenía que captarse en forma oral y, en ese sentido, se empezó por entrevistar a los pobladores más ancianos.

La referencia personal se utilizó como estrategia y no como concepto. Era claro que los ancianos no querían hablar de la historia violenta de su pueblo, pero les fascinaba contar su propia vida. Rememoraban la forma como llegaron con sus padres a la tierra; la tenacidad con la que construyeron sus fincas; el coraje del machete para domar la naturaleza; la manera como creció el pueblo. Entrados en confianza, caían en la historia política y en la violencia; aparecía el gamonal con su trono de sangre y sus vidas de gato; las guerras por el poder y el poder de la guerra; las disputas políticas y la tragedia económica. No podían eludirlo porque todo hacía parte de la cotidianidad del municipio. Se enredaban en su relato y brindaban lo que en principio habían negado: historias orales sobre política y violencia.

En diciembre de 1989, a instancias del padre Tiberio Fernández Mafla, entrevistaba a una de sus ancianas feligreses cuando llegó una mujer más joven. Inundó el espacio con su presencia y se tomó la palabra. Hablaba sin parar sobre su vida, sobre su madre y su matrimonio. En ese momento capté su intervención como una historia loca, individual y sin sentido; algo insulso que había cortado la historia paciente y estructurada que ofrecía la abuela. Para un historiador de profesión, formado entre la academia, la Escuela de Annales y el marxismo, el individuo no podía ser el centro de la “historia oral”; el objetivo no era la reconstrucción de los transcurso personales, sino la posibilidad de develar con esas fuentes los procesos de evolución seguidos por la sociedad. Intenté cambiar la escena, pero fue imposible; la cortesía primaba y no tenía forma de detener la grabadora. La mujer completó la primera cara del casete y cambió, ella misma, al otro lado. Ni siquiera preguntó si podía hacerlo, y no tuve más remedio que asentir y permitir que continuara con su exposición. En verdad, algunas veces sonreí y en otras me aburrí. La campana sonó felizmente

cuando, al mirar su reloj, la mujer se enderezó instantáneamente: “Bruta, nos cogió la tarde para la misa”, dijo, y se llevó a la anciana.

El casete, por razones de la inercia, se guardó junto a las demás grabaciones realizadas hasta que éstas y la investigación entera fueron interrumpidas. La intervención del ELN en una de las zonas más apartadas de Trujillo, así como la consecuente respuesta del Ejército Nacional y de los paramilitares, no sólo obligaron a abandonar definitivamente el pueblo: los sucesos posteriores y sobre todo el asesinato del padre Tiberio y las amenazas contra quienes intentábamos levantar la voz por el respeto a los derechos humanos, nos obligaron también a abandonar la investigación y a guardar todo lo obtenido en un rincón de San Alejo.

A mediados de 1990, decidí cambiar el escenario de Trujillo por el de un barrio de Cali: Siloé. Parecía más amable y era más cercano. No tenía todas las manifestaciones de violencia que se encontraban en Trujillo, pero guardaba una historia reciente particularmente intensa. La idea era pensar e intervenir en la problemática de la violencia juvenil en la ciudad, pero no sólo desde el ámbito restringido de los modelos tradicionales de las ciencias sociales, sino desde la perspectiva amplia y poco explorada de los procesos y modelos culturales. El trabajo de campo invitaba de nuevo a examinar con entrevistas las formas de socialización que adoptaban los jóvenes en la familia, en la escuela, en la calle, en el “parche”. Sólo que, en esta ocasión, dejamos a un lado las teorías de la historia y la historiografía, para acercarnos a otro tipo de lecturas. Sin duda, el trabajo emprendido era más próximo a la antropología y a la sociología.

Las nuevas lecturas y el debate individuo-sociedad

La primera de las nuevas lecturas fue una trilogía norteamericana sobre la delincuencia urbana: *The jack-roller: a delinquent boy's own story*, *The natural history of a delinquent career* y *Brothers in Crime*, escritas por un sociólogo de la Escuela de Chicago²⁸. Con un lenguaje sencillo, las tres obras ensayaban el método biográfico para identificar, a partir de los relatos juveniles, las relaciones causales de sus acciones. Shaw se acercó al escenario con tres propósitos: primero, conocer a través de una historia de vida al común de los actores, sus concepciones y puntos de vista; segundo, explorar las experiencias de vida del actor para comprender e interpretar sus actitudes del presente, y, finalmente,

28 C. R. Shaw. Chicago: University of Chicago Press. 1930, 1931 y 1936, respectivamente. La primera de las obras fue reproducida en 1966.

aprehender el ambiente sociocultural frente al cual se forma, actúa y reacciona el actor en estudio.

Por esta vía, otra serie de lecturas vendrían en cadena. Empecé con biografías etnográficas como *The life of a Nootka Indian*, uno de los más trascendentales textos en la historia de la antropología en donde el autor, Edward Sapir, en lugar del tradicional interés por el grupo social o por la cultura, condensó una profunda preocupación por el individuo (Sapir, 1942). En este género observé también a *Juan de Chamula*, de Ricardo Pozas (Pozas, 1952), revelada como un auténtico clásico: a través del relato de un solo sujeto, el autor logró la construcción de una “pequeña monografía sobre la cultura de los Chamula” y sus diversos conflictos por el cambio de valores en la transformación de sus estructuras sociales. Continué con *The professional thief by a professional thief* (Sutherland, 1937), una célebre obra de la Escuela de Chicago en los años treinta, en la que un ladrón profesional relata con fidelidad la cultura y el mundo oculto de los ladrones. De allí fue fácil pasar a una obra cuyo título evidenciaba por sí mismo la nueva dirección de los estudios sociológicos: *El regreso del actor*, de Alain Touraine (1987), y, a partir de allí, entrar a fondo en el debate individuo-sociedad, que abrumaba a las ciencias sociales al final de los ochenta e inicio de los noventa.

La cuestión, para empezar, nos remitía a Marx. Su *Contribución a la crítica de la economía política* dio lugar a interpretaciones economicistas y mecanicistas que hicieron historia en el marxismo de los años sesenta y setenta. Pero en las *Tesis sobre Feuerbach* o en su epistolario, Marx dejó profundas huellas sobre la producción de las ideas, las representaciones y la conciencia, entrelazadas directamente con la actividad de la vida real (Marx y Engels, 1976). La supuesta contradicción fue resuelta con increíble lucidez por el historiador inglés Edward Thompson y su clásico libro *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. La formación de la clase ocurre en la experiencia colectiva, pero también en la individual; es un “fenómeno histórico que unifica acontecimientos separados y sin relación aparente, tanto en la objetividad de la experiencia como en la conciencia” (Thompson, 1989).

Precisamente, fue este falso debate de las dicotomías en el estudio sociológico lo que condujo a Alain Touraine a criticar las ilusorias tentativas de analizar al actor social por fuera de sus referencias al sistema social, o a la inversa, con un sentido funcionalista, ocuparse de un sistema sin actores. La propuesta de Touraine, por el contrario, sugería remplazar una representación de la vida social basada en nociones de sociedad, evolución y rol, por otra donde las nociones de historicidad, movimiento social y sujeto ocupen el mismo lugar central, como lo intenta en su libro sobre América Latina, *La palabra y la sangre*

(Touraine, 1988). En su concepto, quienes tiendan a ver en cualquier aspecto de la vida social la presencia implacable de una dominación, deben recordar que los actores sometidos participan también en la cultura y, por consiguiente, pueden luchar contra la dominación social que somete a esa cultura. Quienes, en forma limitada, ven solamente en las relaciones sociales la aplicación de valores y normas generales, deben recordar igualmente que entre las orientaciones culturales y las formas de organización se interponen relaciones de dominación social detectables en toda práctica social. Y, finalmente, a quienes explican un hecho social por su ubicación en una evolución histórica, Touraine opone la idea según la cual las sociedades están cada vez menos “en” la historia, y que ellas mismas producen su existencia histórica por su capacidad económica, política y cultural de actuar sobre sí mismas y de engendrar su porvenir y hasta su memoria (Touraine, 1987: 2002).

La propuesta obtuvo a principio de los noventa múltiples discusiones y desarrollos²⁹. Sin embargo, con ella se encontraron otros autores en diversos ángulos. Antes que el propio Touraine, Norbert Elias había enfrentado con su obra la oposición clásica entre individuos y sociedad. En *La sociedad de los individuos*, por ejemplo, el mundo social es un tejido de relaciones. El individuo no es una entidad exterior a la sociedad, ni la sociedad algo externo al individuo; uno y otro recuperan y viven su sentido en la interdependencia. Cada acción de un soberano establece al mismo tiempo una dependencia en relación con los sujetos a quienes se dirige, pues éstos pueden oponerse a sus actos y reaccionar de manera imprevisible. Individuo y sociedad no son figuras antagónicas: el concepto de individuos se refiere a hombres interdependientes, pero en singular, y el concepto de sociedad a hombres interdependientes, pero en plural. Su concepto de configuración se aplica a las formaciones sociales más diversas. La diferencia entre unas y otras obedece a las cadenas de interdependencia más o menos largas y más o menos complejas que ligan a los individuos que las componen³⁰. De él dirá Michel Wieviorka (1965): “Elias rehúsa escoger entre una aproximación centrada en el individuo y un enfoque holista que explica todo a partir de la sociedad considerada en su conjunto. Encuentra inaceptable que se separe el análisis del funcionamiento social del análisis histórico del cambio o de la reproducción”.

Una de las más importantes ideas de Elias será desarrollada con amplitud por Anthony Giddens. Para Elias, la representación de un yo separado, exterior

29 En 1995, en Cerisy (Francia) tuvo lugar un coloquio en homenaje a Alain Touraine; el resultado de las disertaciones fue un voluminoso texto que reunió a treinta y cinco autores. François Dubet y Michel Wieviorka (dir.), *Penser le sujet*. París, Fayard, 1995.

30 Norbert Elias, *La société des individus*. París, Fayard, 1993. Con respecto a la obra de Elias, ver Alain Garrigou y Bernard Lacroix (dir.), *Norbert Elias. La politique et l'histoire*. París, La Découverte, 1997.

a la sociedad, tal y como la conocemos hoy, se ha formado históricamente. Nuestra concepción familiar, de la infancia; nuestra imagen de hombre y de mujer, se han formado históricamente, como histórica es la problemática de la conciencia del *yo* y de la interioridad. Las obras de Giddens refieren tales aspectos: “Las propiedades estructurales de los sistemas sociales son a la vez condiciones y resultados de las actividades realizadas por los agentes que forman parte de esos sistemas” (Giddens, 1984: 444). Es un proceso cíclico dual que presenta la estructura social desde el ángulo del movimiento; una sociología de las estructuras sociales y de la acción, similar a la propuesta por Touraine para descubrir y analizar, allí donde los mecanismos de funcionamiento y cambio social conservan suficiente autonomía en relación con el poder estatal, nuevos actores, nuevos conflictos y sobre todo nuevas propuestas. Por eso subraya la importancia de estudiar la relación de pareja, la historia del niño y la evolución de la intimidad, por ejemplo, para aislar elementos simples de análisis dentro de la complejidad histórica.

En palabras de Touraine, el objetivismo nos llevó a relacionar ante todo las conductas del actor con su posición en el sistema social. Éstas deben comprenderse ahora por el conocimiento del lugar que ocupa en las relaciones sociales a través de las que se produce la historicidad. Ambas formas pueden parecer similares. Pero en el primer caso se separa el significado y la conciencia, mientras en el segundo se afirma que el significado debe entenderse a partir de una acción normativamente orientada, es decir, interpretando la conciencia, pero sin romper con ella (Touraine, 1987: 51). Para François Dubet, tal propósito no será sólo asunto de *historicidad*. Lo será también de *experiencia*. Una actividad cognitiva que permite al actor una manera de construir la realidad, pero también de experimentarla y verificarla; una combinación de lógicas de acción que vinculan al actor con las dimensiones del sistema. El sujeto se manifiesta de la manera más banal y menos “heroica” en la construcción de la experiencia individual en la cual los individuos colocan en orden los significados a fin de concebirse como los autores de su propia vida. Por tanto, el actor también está dividido y su *yo* disociado, reserva crítica que impide al individuo identificarse con su rol y posición (Dubet, 1984: 52).

El seguimiento al debate se hizo riguroso y se puso a la orden del día por una razón adicional. En 1990, Álvaro Camacho y Álvaro Guzmán habían presentado su obra *Colombia: ciudad y violencia* (Camacho y Guzmán, 1990). Se trataba de una reflexión acerca de la violencia en Cali durante la década de los ochenta, que era, igualmente, mi tema de trabajo. Sin embargo, consideré desde un principio que la obra de los Álvaros se había dedicado a poner de presente el carácter cuantitativo del fenómeno con las actas de defunción y las noticias de

prensa, y no había observado los trasfondos reales de esa violencia. Acudir a los actores, reconstruir sus vivencias y aproximarse a las relaciones sociales concretas que forjan su personalidad y sus visiones del mundo era otro procedimiento para levantar un diagnóstico global y cualitativo del problema.

El retorno a la investigación y sus conclusiones

En este estado de cosas, en 1995 ocurrió un evento inesperado. El presidente Ernesto Samper hizo explícito y público el reconocimiento de la responsabilidad directa del Estado en los crímenes de Trujillo y se comprometió a la enmienda. Ese mismo día consideré que las condiciones podían ser favorables para la publicación del libro y recibí el aliento del padre Javier González, vicerrector de la Pontificia Universidad Javeriana en Cali, para que me dedicara exclusivamente a escribirlo. Las noches que acongojado pasaba en vela, pensando en la deuda que tenía con el cura Tiberio y con aquellos que rindieron su testimonio antes de ser asesinados, llegaban a su fin.

Del cuarto de San Alejo salieron todos los documentos y casetes que había recaudado sobre Trujillo y volví a examinarlos en detalle. Entre ellos apareció el relato de la mujer que interrumpió a la anciana en aquella tarde de diciembre de 1989, y que no recordaba tras el paso del tiempo. Lo encontré sencillamente extraordinario, con una riqueza intrínseca que permitía alumbrar la redacción total del texto que me proponía. Al describir su vida, la mujer dejaba en claro el devenir histórico de la sociedad en que transcurría; a su lado pasaban la geografía, el tiempo y la naturaleza; deambulaban la infraestructura productiva y la economía. Pero, más allá todavía, su relato resaltaba las divisiones sociales y el poder; mostraba la cultura, la familia, la escuela y la violencia en todas sus dimensiones. Era una Colombia rural, en medio siglo de historia, a la luz de un testimonio femenino.

No pude volver a verla. Indagué por ella sin éxito, pero pude comprobar la verdad en algunos episodios que parecían inverosímiles: los veintitrés hermanos que ayudó a criar desde pequeña, el marido asesinado quizás por accidente en uno de los apagones con balacera de Trujillo, y la pérdida de su primogénito, asesinado a los dieciséis años para quitarle el salario. La última parte de su historia no alcanzó a contarla porque tuvo que ir a misa. Hubiera sido interesante porque, según supe después, su segundo marido murió a manos de los esbirros de Leonardo Espinosa.

Años después he leído nuevamente su relato. Tal vez, en frío, no me parece tan fantástico. Por el contrario, puede ser corriente al compararlo con otras

historias mucho más increíbles de esta Colombia desgarrada. Sin embargo, en su momento, tuvo un significado importante. Al tomarlo en su contexto, con una base teórica más consolidada y con un conocimiento más profundo de la sociedad y del pueblo de Trujillo a lo largo de su historia, el testimonio resultó realmente orientador.

En la primera reflexión que efectué acerca de su contenido, el devenir de Trujillo desfiló ligado a la política. Observé que, en lo fundamental, todo pasaba por la política: desde el acceso a la tierra o el derecho a un permiso para el comercio, hasta la definición de la condición social y la ciudadanía. La política en Trujillo constituyó la más radical fuente de acción y motor, para mal o para bien, de toda su evolución y desarrollo. Los habitantes del municipio, en una u otra forma, por participación o por omisión, fueron sus actores, y muchas de las situaciones descritas en sus narraciones conjugaron la medida como se representaba la política. En este caso, la historia oral era la mejor fuente para acercarse al objeto de conocimiento y comprenderlo: el transcurrir de la política tenía que verse a través de los actores.

La estructuración del universo político en Trujillo no pasó por una dominación social previamente establecida. Por el contrario, fue en ese proceso de estructuración en donde simultáneamente se construyó la realidad del poder y del dominio social, con una participación imborrable de los individuos. A cada uno de los personajes más importantes del pueblo corresponde una lógica que fue advertida con el título de los capítulos del libro: “Ernesto Pedraza: ¿El poder para qué?”; “José J. Ríos: el poder para el conservatismo”; “Leonardo Espinosa: el poder para mí” y “Las nuevas violencias y las redes de poder local: ¿El poder para quién?”. Una vez más, pero en esta ocasión a través de los protagonistas en primera plana, la historia política de Trujillo resultaba descifrable.

En Trujillo, la política no sólo se apodera de lo cotidiano y permite la dominación local con una fuerte autonomía; se destina a reproducir una representación simbólica de lo social y, al lado de la violencia, convierte la escasa construcción de Estado en un proceso secular que pasa por las formas y manifestaciones de esa violencia y que, en la práctica, territorializa el poder a través del control de una red que recurre al asesinato y a la coacción generalizada.

Tal como lo advierte Daniel Pécaut, la memoria ayuda a construir la manera como se perciben los fenómenos actuales y banaliza su significado como si fuera parte del orden de las cosas: “Puesto que la violencia impide la acción colectiva y obliga al repliegue del individuo sobre sí mismo, esta individualización negativa nos devuelve nuevamente la herencia de las desventuras de la disolución del tejido social” (Pécaut, 2001: 220).

Precisamente, en este último aspecto, la investigación sobre Trujillo me condujo de nuevo a la continuación del estudio sobre las violencias en Cali, cuya hipótesis buscaba señalar la persistencia de la violencia política como constante histórica y explicativa en nuevos tipos de acción social urbana.

Sin duda, la política llegó a muchos sectores marginales de Cali por fuera y en contra del Estado. La influencia de la oposición, del MRL y de la Anapo, así como la abstención por desconfianza frente a los políticos tradicionales, fue medida por múltiples encuestas y resultados electorales³¹. Así surgió, igualmente, el Movimiento Cívico de José Pardo Llada, en 1978, y el apoyo a Henry Holguín diez años más tarde. Con alta dosis de populismo radial, uno y otro se acercaron a los estratos populares para reivindicar el descontento. Sin embargo, fue en 1984 cuando los rostros juveniles del desarraigo se asomaron a las ventanas de la ciudad con una simpatía abierta por el M-19, o con actos macabros como la masacre del Diners.

Como respuesta, en lugar de pensar en la dotación de los servicios públicos, en las escuelas, en la pavimentación de calles, en alternativas a la problemática social, el Estado llegó a través de oscuros actos y masacres. Enfrentados a una situación que consideraban en extremo peligrosa, miembros de los cuerpos armados del Estado, motivados por el silencio o el consentimiento explícito de ciertos sectores de la elite y el apoyo financiero de los narcos, decidieron ensayar el exterminio. Al tiempo que en los muros de la ciudad se pedía una “Cali limpia, Cali linda”, escuadrones de la muerte asesinaban en los barrios a centenares de jóvenes, izquierdistas, pobres y discriminados.

La acción insensible de los escuadrones de la muerte construyó un conflicto de mayores dimensiones, cuyos frutos aún hoy se recogen. Las autoridades regionales no se percataron: delante de ellas, o con ellas, los narcos tuvieron un motivo más para trazar alianzas con sectores militares.

Al seguir los estudios acerca de la violencia en Cali durante los últimos años ochenta e inicio de los noventa, se encuentra, entonces, la existencia de un nuevo tipo de violencia política que, al responder a múltiples formas de dominación, decide el exterminio de todo aquel que ofrezca peligro, real o supuesto, al “nuevo orden social”, “limpio y entre iguales”, que se sueña construir o se idealiza. Un “nuevo orden social” en el que no caben los jóvenes de “parches”, los comunistas, los mendigos, los viciosos, los travestidos, los invasores, los “desechables”; todos ellos víctimas de una violencia política que pretendió ocultarse bajo el pretexto de “ajustes de cuentas entre delincuentes”, agravada por el poder de los narcos y la multiplicación de los “traquetos”.

³¹ P. Morcillo *et al.*, “Estudio de la abstención electoral en las elecciones de marzo de 1968 en Cali”, en *Boletín Mensual de Estadística*. Cali, diciembre de 1969, No. 221. J. McCamant y J. de Campos. “Colombia Política 1971”, en *Colombia Política*. Bogotá, Dane, 1972.

Esta situación, que no puede contar en detalle la estadística y que no se refleja en las actas de defunción, resulta nítida en los relatos de los actores. La violencia creció con experiencias y necesidades arrojadas por la vida cotidiana. Los jóvenes, particularmente, encontraron en el “parche” la posibilidad más clara de construir los espacios sociales y los referentes de identidad que la sociedad tradicional les negaba; buscaron a través de la fuerza el reconocimiento que la ausencia de una democracia real les arrebatava, e hicieron de la violencia el instrumento que los mostró ante la ciudad con sus angustias y representaciones.

Como puede concluirse, las investigaciones regionales en torno a la violencia, de ayer y de hoy, poseen enorme validez e importancia. No sólo desde el punto de vista descriptivo y empírico o en sus conjugaciones históricas con el conocimiento y análisis de la realidad nacional en que se inscriben. Su fortaleza reside, igualmente, en el carácter de laboratorio que adquieren sus diversos escenarios y en la construcción teórica y metodológica que propician. Tanto en Trujillo como en Cali, los relatos de los actores resultaron importantes para conocer la historia política o hurgar en las complejidades de la violencia.

* * *

Apéndice

A mí me trajeron de Pereira a los seis años. Llegamos a pagar arriendo en una pesebrera que quedaba en “La Cuchilla”. Llegamos en carro hasta el río Cauca y allí nos subimos en un planchón que se movía por unos cables que lo amarraban a cada orilla. Tuvimos una desgracia: ese planchón se balanceaba tan horrible que los corotos se cayeron al río y quedamos sin ropa, sin ollas y sin nada. Mi papá fue a hablar con don José Ríos y con el doctor Pedraza y le dejaron poner un kiosquito con plástico en la plaza. Era una tiendita. Mi mamá le ayudaba con negocios de ganado. Mejor dicho, era la que manejaba la plata. Compraba terneros en las ferias y los vendía más caros. Con el tiempo mi papá progresó y compramos una finquita.

A mis hermanos les enseñaron a trabajar desde muy pequeños. Barrían el patio, cogían y ponían a secar el café, cargaban leña, hacían de todo. A mí me tocaba la comida, atender los chiquitos, lavar la ropa y por la noche uno no podía acostarse sin rezar el rosario. ¡Ay del que se quedara dormido rezando el rosario! Era la pela más berrionda. Por eso al otro día llegábamos a la escuela, entrábamos por la mañana, nos persignábamos y cuando menos pensábamos estábamos roncando del cansancio. Entonces ¡tas! nos despertaba un reglazo el hijuemadre.

En la escuela lo castigaban a uno mucho. Lo cogían del pelo, le daban azotes y le quebraban reglas. Pero yo justifico eso porque era una niña muy indomable. Algunas recibían castigo porque no daban las lecciones; otras, porque robaban juguetes, lápices o comida. A mí me pegaban porque dañaba los cuadernos y porque era muy peliona y ladrona. Yo les robaba el “algo” a las compañeras y no estudiaba nada porque llegaba a la casa a hacer oficio. Póngase a ver que mi mamá tuvo veinticuatro hijos y a mí me tocó atender los últimos. Eso era una máquina reproductora, a cada rato salía con trillizos.

A mis hermanos y a mí nos castigaban muy duro. Nos amarraban a un palo y nos pegaban con un rejo, pero es que veníamos de una raza muy ebria. Después de que nos castigaban, nos dejaban amarrados y vomitados y cagados y todo y no nos dejaban entrar a dormir en la casa. A sol y lluvia. Luego, al otro día, se sentaban a desayunar al lado de uno y no le daban un bocado. Era una tortura completa. Mi mamá, por ejemplo, era de las que castigaba hasta el cansancio, le daba y le daba. Y era tan descarada que cuando se cansaba, se sentaba a tomar agua y volvía y empezaba. Yo, francamente, perdí la cuenta de los juetazos. Lo único que pensaba era esto: ¡Deje y verá! Yo algún día me caso y todos los azotes que mi mamá me ha dado se los cobro a mis hijos; me voy a desquitar con ellos. Y así fue. Era la ignorancia. Al mayorcito le pegué una pela tan verraca que lo puse a chorrear sangre y lo dejé arrastrándose. Cómo sería que mi mamá me lo quitó y me dijo que si le volvía a pegar así me hacía meter a la cárcel. ¡Qué pecado! Mi Dios me perdone porque ese muchachito fue buen hijo. Lo que pasa es que yo vivía muy llena de complejos. Yo me casé y no pude convivir con mi esposo. Él me embarrigaba y ahí mismo se iba. Como que no le gustaba verme embarazada porque desaparecía. Cuando calculaba que ya estaba otra vez lista, volvía y me empacaba y volvía y se iba. Se largaba del pueblo dizque a buscar trabajo, pero no aparecían ni giros ni hombre. Cuando ya calculaba que había salido, volvía a lo mismo. Yo creo que no alcanzaba a tomarme una aguapanela de la dieta cuando ya estaba otra vez embarrigada. Yo no decía nada porque a mí me tocaba recibirlo para cumplir con la iglesia. En esos tiempos el marido era sagrado. Se lo daba Dios a uno y era para toda la vida.

La verdad es que yo me casé sin quererlo. Me casé de huida de la casa, para evitar el garrote de mi mamá y dejar de ser la cenicienta. Como era la burra del trabajo, busqué la forma de que alguien me sacara. Entonces, al primero que me miró ahí mismo le dije que sí, pero que nos casáramos. Tenía catorce años y era inocente de la vida. Esa noche del matrimonio hubo baile y bailé hasta el cansancio. Yo dije: empezó el desquite, ahora sí voy a hacer lo que me dé la gana. Pero ¡qué va! Ese señor se emborrachó y se puso fastidioso. Lo dejé

en la fiesta y me acosté en la cama de mi mamá porque la fiesta fue en la casa. Al otro día, cuando abrí los ojos, ese señor estaba acostado sobre mis piernas. Entonces pegué un grito y salí corriendo y le dije a mi mamá que ese señor era un descarado y ella me dijo que no, que no fuera boba, que ese era el marido que mi Dios me había mandado, el que me había dado la iglesia; que de ahora en adelante tenía que compartir la vida con él y tenía que hacer todo lo que él dijera y dejarme hacer todo lo que él quisiera. Esa noche se metió en la cama con unos calzoncillos horribles, largos, bombachos, amarrados a la rodilla y me invitó a un trago. Lo único que dijo fue: “Venga, hija, para que aprenda” ... Me desperté llorando y permanecí encerrada todo el tiempo de la pura vergüenza. Antes de cumplir quince años ya estaba en embarazo.

Yo creo que ésta es una historia triste, pero así conocí la vida. Yo recapacité cuando mataron al tipo ese y entonces el hijo mayor empezó a ver por mí y a trabajar como un verraco para mantenernos. Me daba mucho pesar y me decía: “Para qué nos pega, mamá, si así no más llevamos una vida muy sufrida”. A él lo mataron cuando tenía dieciséis años y entonces me volví a casar para empezar de nuevo. ¡Pobrecito mi niño! Lo más triste es que yo estoy segura que así más o menos ha sido la vida de muchas mujeres en Trujillo. Yo estoy segura que no he sido la única porque me consta. Lo que pasa es que les da pena contar su historia, se la callan, se resignan y se ponen a sufrir por dentro” (Atehortúa, 1995: 73-74).

Bibliografía

- ATEHORTÚA CRUZ, ADOLFO. *El poder y la sangre. Las historias de Trujillo-Valle*. Cali, Pontificia Universidad Javeriana, Cinep, 1995.
- . *Sueños de inclusión. Las violencias en Cali, años 80*. Bogotá, Universidad Javeriana Cali, Cinep, 1998.
- CAMACHO, ÁLVARO y GUZMÁN, ÁLVARO. *Colombia: ciudad y violencia*. Bogotá, Ediciones Foro Nacional, 1990.
- Comisión de Estudios Sobre la Violencia: *Colombia: violencia y democracia*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1987.
- DUBET, FRANÇOIS. *Sociologie de l'expérience*. Paris, Actes de la recherche en sciences sociales, junio de 1984.
- ELÍAS, NORBERT. *La société des individus*. Paris, Fayard, 1993.
- GIDDENS, ANTHONY. *La constitution de la société. Éléments de la théorie de la structuration*. París, PUF, 1984.
- MARX, C. y ENGELS, F. *Obras escogidas*. Moscú, Progreso, 1976.
- MCCAMANT, J. y CAMPOS, J. “Colombia política, 1971”, en *Colombia política*. Bogotá, Dane, 1972.

- MORCILLO, P. “Estudio de la abstención electoral en las elecciones de marzo de 1968 en Cali”, en *Boletín Mensual de Estadística*, Cali, diciembre de 1969, No. 221.
- PÉCAUT, DANIEL. *Guerra contra la sociedad*. Bogotá, Planeta-Espasa Hoy, 2001.
- POZAS, RICARDO. *Juan Pérez Jolote*. México, Fondo de Cultura Económica, 1952.
- SAPIR, EDWARD. “The life of a Noortka indian”, en *Queens Quaterly*, No. 28.
Reproducido en *Navaho texts*. Iowa, Lingüistic Society of America, 1942.
- SHAW, C. R. Chicago, University of Chicago Press. 1930, 1931 y 1936, 1966.
- SUTHERLAND, E. H. *The professional thief by a professional thief*. Chicago, The University of Chicago, 1937.
- THOMPSON, E. P. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, Crítica, 1989.
- Touraine, Alain. *El regreso del actor*. Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1987.
- . *La parole et le sang. Politique et société en Amérique Latine*. Paris, Odile Jacob, 1988.
- WIEVIORKA, MICHEL. Prólogo a: *Logiques de l'exclusion*. Norbert Elias, John L. Scotson. Paris, Fayard, 1965.